

ETA se cebó en la sangre de los niños

La preparación minuciosa de los atentados revela que esperaban víctimas infantiles

Dos hermanas, de ocho y quince años, en estado muy grave por la oleada de metralla

Uno de los coches-bomba estalló junto a la parada de autobuses escolares

Madrid. Alvaro Martínez

Poco después de las ocho de la mañana las hermanas María Gabriela y Juana del Cañizo Canto salieron juntas de casa. Era un día normal. La primera, de 15 años, cargada de bolsas y de alegría, se iba de excursión con sus compañeras de clase. La segunda, de 8, también estaba contenta, como todos los niños de esa edad cuando se acercan las vacaciones. Media hora des-

Los terroristas de ETA debían conocer, con toda seguridad, la existencia de esta parada en las inmediaciones del lugar donde colocaron el coche-bomba. María Gabriela, Juana, Luis y el resto de sus compañeros tomaban el vehículo escolar (estudian en el colegio Britttish Council) a esa misma hora todos los días lectivos. También conocían que tanto el tramo de la calle Joaquín Costa afectado por la onda expansiva del primer coche-bomba, como el de la calle Serrano son recorridos a diario por muchísimas personas que se dirigen al trabajo. Les dio igual.

El hecho de que el primero de los artefactos fuera accionado a distancia significa que los etarras estaban presentes en el momento de la explosión, por lo que lo más lógico es que fuesen testigos de que en ese momento, además de segar la vida de los militares que viajaban en la furgoneta camuflada del Ejército, estaban dispuestos a asesinar tanto a los chiquillos que subían en ese momento al autobús escolar como al resto de personas que transitaban en ese momento por la calle.

Una fila

Eran las ocho y cuarto de la mañana. María Gabriela y Juana se disponían a subir al autobús. Guardaban turno en una fila tan indisciplinada y alegre como esos cientos de filas escolares que se suceden en torno a un autobús en cualquier punto de Madrid. Les precedía, el pequeño Luis Gabarda, que ya había subido el primer escalón del vehículo.

A escasos metros de los tres se encontraba Heroína Rodríguez, empleada de hogar de la familia Del Cañizo y, más cerca del autobús, María Antonia Mezquita, que había acompañado a Luis a tomar el transporte.

La violencia de la explosión dejó tendidos en el suelo a los tres niños. «Vi a María Gabriela y a Juana en el suelo —declaró a Efe Heroína Rodríguez— me acerqué a ellas, intenté hablarles y no me contestaron, sólo me miraron». Bañada en un mar de

lágrimas, sin aliento, sólo pudo abrazarlas.

Por su parte, herida de gravedad y con el pecho abierto, María Antonia Mezquita aún tuvo fuerzas de subir al domicilio para avisar a la madre del niño de lo ocurrido. Poco después, ella era intervenida en el Hospital de la Princesa. Su estado es grave.

Francisco del Cañizo, médico de profesión que trabaja en el servicio de Cirugía Experimental del Hospital «Gregorio Marañón», llegó al lugar del atentado cuando sus dos hijas aún se encontraban tendidas en el suelo. Según amigos de la familia, el doctor Cañizo, tras escuchar la explosión, se asomó por la ventana y cuando vio a su perro suelto (la empleada de hogar lo había llevado a pasear aprovechando que acompañaba a las niñas) arrastrando su correa, co-

pués, las dos eran intervenidas de gravísimas heridas. El primer coche-bomba les secó, como a toda España, toda la alegría. El pequeño de 7 años Luis Gabarda Pery, compañero de colegio de las anteriores, es otro de los heridos de gravedad que buscaban los criminales etarras al colocar decenas de kilos de explosivo junto a la parada de un autobús escolar en el centro de Madrid.

rrió a la calle: «Algo le había ocurrido a las niñas», predijo dramáticamente.

Las atendió como pudo y se fue con María Gabriela en una ambulancia al Hospital «Gregorio Marañón». Le seguía a escasos metros su mujer, que también es médico, que acompañó a Juana en hasta el Hospital de la Princesa.

Tanto Francisco del Cañizo como su mujer se dejaban medio corazón en las antecámaras de los quirófanos donde los médicos, sus compañeros, atendían a sus hijas. Sus dos únicas hijas. Lo mismo hacían los padres de Luis Gabarda y los familiares del resto de los heridos.

Cientos de vehículos recorrían el lugar en el momento de la explosión. «Hora punta» en Madrid. El que la zona cuente con un paso elevado multiplicó el efecto

devastador que pretendían los asesinos etarras. Hasta algunos conductores que circulaban por el puente resultaron heridos. Es el caso de Juan Carlos Sobrino, técnico de Alcatel quien relató que «todo el coche por dentro volaba. Lo primero que hice fue abrir la puerta y salí como pude. A setenta metros de mí vi un coche en llamas y supe que era un atentado», declaró a Efe.

Cuando aún las ambulancias recorrían las calles del centro de Madrid, la explosión del segundo coche-bomba aumentaba los nervios y la tragedia. Si ocurrido es el punto de la calle Joaquín Costa no lo es menos la calle Serrano a la altura del número 83. En las cafeterías, oficinas y viviendas de las proximidades todos permanecían pegados a la radio. Eran las nueve y cuarto de la mañana y se produjo un nuevo sobresalto. Otras tres personas que transitaban por las inmediaciones resultaban heridas, una de gravedad.

Este segundo artefacto ocasionó menos heridos, pero casi idéntico sobresalto. José Luis Sevillano, dueño de un quiosco de Prensa muy próximo al vehículo relató que éste había sido colocado media hora antes en ese lugar. Tanto Sevillano, como los vecinos del barrio se extrañaron de que estuviese allí estacionado. «Antes de que estallara, vi el coche aparcado y me llamó la atención por el mal estado en que se encontraba, puesto que normalmente no aparcan por aquí ese tipo de coches», comentó una vecina del barrio.

Luto oficial en Madrid

El Ayuntamiento ha declarado el día de hoy como «de luto oficial», en señal de repulsa por el atentado que se ha cobrado siete víctimas mortales y decenas de heridos. Todas las banderas de los edificios oficiales ondearán a media asta.

Los dos atentados con coche-bomba han afectado a dieciséis edificios, tres de los cuales fueron desalojados de forma espontánea por los vecinos instantes después de la primera explosión, informa Esther Sánchez.

Los ataúdes blancos de ETA

Madrid. Informes

Ya son veintiuno los niños asesinados por ETA y otros veintitrés los que han resultado gravemente heridos. En ocasiones fue casual la presencia de niños en el lugar de los salvajes atentados, en otras la curiosidad les convirtió en víctimas inocentes de una masacre sin sentido; en otras, ETA buscaba ataúdes blancos. Como aquella madrugada del 12 de diciembre de 1987, cuando un coche-bomba estalló junto a la casa-cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza. Tres plantas se hundieron y sus ocupantes quedaron atrapados entre un amasijo de escombros. El matrimonio formado por José Barrera y Rosa María Alcaraz se encontró al despertar que sus dos hijas gemelas, Esther y Julia, habían perecido bajo los cascos. Los cadáveres de Silvia Pino Fernández, de siete años, Silvia Ballarín, de seis, y de Rocío Capilla, de doce, fueron rescatados más tarde de entre los escombros.

En la casa-cuartel de Vic, el 29 de mayo de 1991, ocurrió algo similar. Un grupo de niños jugaban en el patio. Los terroristas pudieron verlos, pero aún así introdujeron en el recinto un coche asesino. Murieron cinco niños.

En el atentado más sangriento de ETA, el del centro comercial Hipercor de Barcelona, ocurrido el 19 de junio de 1987, donde eran asesinadas veintiuna personas, también perdían la vida dos niños y una mujer embarazada.

El 18 de octubre de 1991 la niña, de ocho años de edad, Cristina López, resulta herida en su domicilio del madrileño barrio de Aluche, a causa de un artefacto que se cobra la vida del teniente Francisco Carballar. Una hora después se produce una nueva explosión que destroza completamente el automóvil en el que circulaban María Jesús González y su hija de trece años Irene Villa, a quien el estallido mutila ambas piernas y tres dedos de la mano izquierda.